

Acto 'FAES, Ideas para la sociedad española'

MADRID, JUEVES 12 DE ENERO DE 2016

Gracias por asistir al acto de presentación de esta nueva etapa de la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, FAES. Una nueva etapa que se entiende mejor si se recuerda, brevemente, la historia que nos ha traído hasta aquí.

FAES fue fundada en 1989 como institución de reflexión política al servicio de España.

Fue fundada por un grupo de personas decididas a confrontar ideas con una izquierda de pretensiones hegemónicas en lo cultural y sin rival que desafiara su mayoría electoral de entonces.

Muchos creíamos que España podía aspirar a convertirse en un país más próspero, con más libertad, más capacidad de decisión y muchas más oportunidades para cada persona. Con mayor movilidad social. Con una clase media mucho más fuerte.

Un país decidido a derrotar la violencia terrorista sin atajos, sólo con la ley pero con toda la ley. Un país con mejores servicios públicos y más cohesionado territorialmente.

Capaz de formar parte de la Europa del euro y con mayor protagonismo y proyección internacional. Con una nueva relación entre los ciudadanos y sus administraciones.

En suma, una de las mejores democracias del mundo.

Y el trabajo de FAES contribuyó a aunar esas voluntades, fue decisivo para articular esa alternativa, llevarla al gobierno y hacer que éste cambiara realmente nuestro país.

Pusimos en marcha FAES para hacer posible un programa político, una opción real de gobierno para España que entonces no existía. Para pensar y para hacer España en clave de libertades y de leyes, que son la base del auténtico progreso social.

España no era un país imposible, ni estaba condenado a un atraso relativo permanente.

España era simplemente un gran país que necesitaba mejor gobierno y más libertad, y donde dominaba una idea equivocada sobre cómo progresan las sociedades.

Que podía tener un futuro mucho mejor si se ponían los medios para ello. Empezando por las ideas, siguiendo por los programas y terminando en las políticas. Porque ese es el orden correcto y ese fue el que seguimos.

Integramos a muchos para redactar un programa renovado, sólido, contrastado y fiel a nuestras ideas, y se lo ofrecimos a los españoles. Y lo aceptaron. Y lo cumplimos.

Había que diseñar nuevas políticas y contar con los mejores, y FAES abrió el nuevo proyecto político del centro-derecha español a miles de personas hasta entonces alejadas de la política, o desengañadas de ella.

Todas dispuestas a ofrecer sus capacidades y conocimientos a un proyecto común desde el ámbito académico, empresarial, profesional, cultural y periodístico.

Decidimos que la Fundación estuviera vinculada al Partido Popular y coordinada con él, pero que, para preservar al máximo su carácter abierto y alejarla de la pugna política diaria, permaneciera como una institución diferenciada y autónoma del partido al que daba servicio. Con su propia sede, su propia estructura y su propio programa de actividades.

Quienes cruzaban el umbral de FAES sabían desde el primer momento que el objetivo de los trabajos no consistía simplemente en dar respaldo a un partido para reemplazar a otro. Se trataba de gobernar con otras ideas, con otras políticas. Con ideas y políticas mejores.

El trabajo de cientos de personas en FAES dejó su impronta en las principales políticas llevadas a cabo.

Desde el equilibrio presupuestario y las reducciones de impuestos y del tamaño del sector público, hasta la entrada en el euro, la creación del ministerio de medio ambiente, el fortalecimiento de la proyección de España en el exterior, y la política antiterrorista.

En fin, de tantas ideas nuevas que sirvieron para cambiar profundamente las políticas aplicadas hasta entonces y que lograron la modernización real de nuestro país. Una obra, naturalmente inacabada, abierta a la mejora, y la corrección de rumbo que requieren siempre hasta las travesías más precisas. Pero una obra realmente modernizadora.

FAES no sería hoy lo que es, la fábrica de ideas más influyente de España y una de las más reconocidas del mundo, sin el trabajo entusiasta de todos los que se han entregado a esta tarea durante todos estos años. A todos ellos, algunos presentes aquí, quiero enviar mi más sincero agradecimiento.

Hoy iniciamos una nueva etapa que, contemplada a la luz de la historia que acabo de relatar, tiene mucho de proyección de futuro pero también algo de retorno a los orígenes.

Nuestro propósito, una vez más, es que quienes crucen el umbral de FAES sean conscientes, desde el primer momento, de que queremos favorecer unas ideas y unas políticas mejores que otras.

Ideas y políticas que seguiremos ofreciendo a la sociedad española igual que hemos hecho siempre.

Esto es lo que queremos hacer. Esto es lo que vamos a hacer.

Además de esta exposición del papel que FAES va a desempeñar en los próximos años en España, quiero dedicar unos minutos a exponer el que, a mi juicio, es el marco general en el que esa tarea va a tener que realizarse. No estamos ya en los años noventa del siglo pasado. Estamos en otro momento, en otro contexto.

Julián Marías escribió que en España con frecuencia apenas se dice lo que realmente pasa, sino que, más bien, se dice que pasa lo que alguien dice. Esa desconexión con la realidad, y su sustitución por el voluntarismo, no es buena para un país. No queremos practicarla.

Creo que la política tiene hoy, tal vez más que nunca, el deber de fijar una tarea generacional para el país; una tarea necesaria y bien asentada en la realidad, y de convocar en torno a ella a un número suficiente de españoles dispuestos a llevarla adelante.

Tenemos que avanzar en un diagnóstico compartido que nos permita ver con claridad esa tarea. Y creo que es apremiante hacerlo para superar la suma de fragmentaciones, -electoral, generacional, territorial- que alimentan en nuestro país tantas agendas tan parciales, tan divergentes y desconectadas unas de otras. Tan escasamente nacionales, integradoras,

compartidas.

A mi juicio, esta situación no es la expresión de un estado de ánimo social, mucho más sereno y mucho más maduro de lo que muchas veces se le supone. Se trata más bien del producto de una deriva en la que se utilizan las estructuras políticas para ejercer sobre el cuerpo social presiones disgregadoras y depresivas.

Partes esenciales del sistema político completo han pasado a ser apenas una posición de partido interpretada a capricho, y no el marco común seguro dentro del cual se desarrollan las políticas.

Y creo que esto hay que cambiarlo.

Creo que vivimos realmente un momento clave de nuestra historia como país. Y ese momento se cifra, en mi opinión, en el hecho de que haya adquirido carta de naturaleza como axioma incuestionable la obligación de que España encare sus problemas enfrentándose a dilemas propuestos como inevitables por algunos.

Dilemas que estructuran desde hace tiempo muchas de las reflexiones políticas y sociales de fondo que se producen en nuestro país, y no solo en él. Pero dilemas falsos y simplificadores, y que por ello hay que rechazar con toda la determinación.

Y de la misma manera que se nos propone que elijamos entre acuerdos o reformas cuando necesitamos los dos, se pretende que nuestros problemas sean abordados mediante el dilema que obliga a escoger entre disolución o fractura, cuando no necesitamos ninguna de ellas.

Significa que nociones como soberanía o ley deben ser disueltas para evitar una fractura, porque su defensa ofende y divide.

Significa que el proyecto europeo debe disolver sus propósitos fundacionales para evitar su propia quiebra, porque su empeño integrador y supranacional ofende y divide.

Significa que Occidente debe disolver sus propios principios de civilización para evitar fracturas globales de alcance histórico, porque la afirmación de los derechos humanos como universales, la igualdad de la mujer y la libertad de conciencia, por ejemplo, ofenden y dividen.

Estamos, en España, en Europa y en el conjunto de Occidente, atrapados en ese falso dilema, y debemos liberarnos de él lo antes posible.

En ese contexto vamos a tener que trabajar y en él tendremos que asumir que a veces al afirmar lo que hace posible la convivencia seremos acusados de hacer imposible la convivencia.

Pero la realidad es justamente la contraria.

No hay ventaja alguna para los países europeos en la destrucción del proyecto europeo ni en la quiebra de la ley. No hay provecho para nadie en la suspensión de las mejores aportaciones al progreso de la humanidad.

Ese falso dilema entre disolución o fractura es sólo la forma actual que adoptan las viejas ideologías antidemocráticas, contrarias a la libertad.

Las fracturas se evitan y se vencen afirmando la sociedad abierta, no disolviéndola.

No creo que exista moderación alguna en el hecho de incumplir las leyes; no creo que exista virtud cívica alguna en el hecho de oscurecer el compromiso con la libertad de la nación y con sus instrumentos esenciales.

Y como no creo en el dilema disolución o fractura, digo “no” a las dos.

Y digo sí a la compleja combinación de libertad individual, pluralismo y solidaridad a la que denominamos nación de ciudadanos. Y digo sí a su expresión europea. Y a los instrumentos políticos que deben servirlos, comenzando por los partidos que suman, que integran y que perseveran en la defensa de lo que les es propio.

En la nota editorial del último número de la revista de la Fundación se afirma que España es tarea de todos, no solo de algunos. Cada uno en su sitio.

España es nuestra tarea y queremos hacerla bien, desde nuestro sitio.

Ahí vamos a permanecer. Ahí nos podrán encontrar. Y ahí esperamos encontrarles a todos ustedes con el mismo ánimo que nosotros renovamos hoy.